

EN pocas ocasiones, estando el sol afuera, como en estos momentos está, he sentido el brío y el entusiasmo de conversar de personajes lejanos. Lejanos porque no están aquí físicamente. Sin embargo, el sol me está alimentando a mí al igual que a ellos y eso no es más que el resultado de que me he leído a «Paula».

En «Paula» se renueva la infinita capacidad narrativa que reconocemos en Isabel Allende. La novela concentra el recuerdo de un país y de un individuo narrado entre el sueño y la vigilia, entre el pasado y el presente, entre la vida y la muerte. En la obra cohabitan un sinnúmero de fantasmas. Quizá, y aquí el quizá no es sólo una palabra bonita, lo que define la excepcionalidad de un narrador sea precisamente esa capacidad de escuchar esas voces fantasmales, de aceptarlas y de estar dispuesto a ser el medio que las aglutine dentro de una obra artística. Si esto no fuera una verdad universal, por lo menos sí es —a mi ver— el caso de Isabel Allende. Todos sabemos, pienso yo, o al menos lo sé yo y quiero compartirlo con ustedes, que la escritura no es el acto solitario que los demás piensan. Uno no está tan solitario cuando escribe. Está rodeado de voces, de recuerdos, y de todo aquello que aunque no se ve, vibra con la misma fuerza del sol. Isabel, mientras estuvo sentada en una silla de hospital, tuvo a su lado todo el tiempo a su abuelo, su abuela, a su madre, a los amores perdidos,

CADA día que pasa le tengo más miedo a escribir artículos en cualquier diario de España. Cada día le tengo más miedo a ver la televisión, o escuchar, en cualquier medio de comunicación las noticias sobre la España que estamos viviendo, y aún peor: hace poco estuve en Madrid y era un terror ir por la Gran Vía y andar todas esas calles, entre ellas, la que pasa por el abandonado teatro Lara y llega al teatro Maravillas. ¿Qué será andar a altas horas de la noche por aquellas calles, cuando ya al anochecer me encontré a dos o tres parejas haciendo el amor en las aceras, apoyadas en las paredes? Y peor aún: estuve hace unos días en uno de los lugares más bonitos de mi tierra andaluza, que se llama Alcalá la Real, donde hay iglesias preciosas y casi abandonadas y hay también un hermoso castillo donde se ven las manos de toda la gran cultura española, desde los romanos, godos, árabes, judíos, cristianos, etcétera. Ya estaba oscureciendo cuando bajé las cuestas que subían al castillo y me encontré idem de idem: algunas personas jóvenes del pueblo van allí a hacer el amor como los de las calles del centro madrileño. Una vez dijo Ortega y Gasset: «¿Qué es España?», lo mismo digo yo ahora.

Y no hablemos del teatro actual que hoy se encuentra en alguna cartelera del teatro de Madrid. Alguno de estos autores no saben más que hacerse propaganda, «hablando muy bien», para los mendrugos y las mendrugas. No buscan más que dinero por todas partes. Acababa yo de llegar de la Universidad Humboldt, de California, para fundar el primer Departamento de Drama —que así me lo dijo don Fernando Lázaro Carreter— que se iba a crear en España, en la Universidad de Salamanca. Entonces un autor teatral me llamó por teléfono y me dijo que quería venir a la cátedra «Juan del Enzina» de la Universidad de Sala-

PAULA

Por Laura ESQUIVEL

al olor de la felicidad, a sus sueños reveladores, a su bosque infinito.

Sus fantasmas le permitieron hacer una novela llena de vida, de bosques y de voces sutiles.

La agonía de Paula, su hija, enfrentó a Isabel Allende a verdades que los seres humanos, en general, no queremos o no podemos enfrentar. Y fue en ese momento de angustia que la vocación de narradora salió al paso para salvarla de la muerte. Pero a diferencia de Scherezade en «Las mil y una noches», quien contaba para no morir, Isabel no murió porque contaba. Porque mientras recordaba historias de su familia para contárselas a Paula al despertar el recuerdo surtió un efecto lento y prodigioso: cada porción de pasado, aparentemente muerto, le daba destellos de vida al presente agónico.

En el caso de Isabel Allende, recordar su infancia era, simultáneamente, recordar la historia de su país, de su entorno, de sus amigos. La historia social tiene historia porque es historia personal. La historia de Chile que narra Isabel Allende es importante para cada uno de nosotros porque es la historia de una persona concreta, que se parece a nosotros mismos, que de hecho nos da voz y nos integra a su memoria, que a estas alturas ya no dista un

ápice de la nuestra.

El absurdo que Isabel vivía en los hospitales, el silencio y la inmovilidad de Paula, el deseo de escuchar a

su hija hablar nuevamente, de verla correr, de sentir su abrazo, de recuperar la «normalidad», la empujó a realizar una profunda introspección por el pasado que finalmente la llevó a alcanzar el triunfo: ella misma se reconstruyó en cada línea, en cada recuerdo, en cada pasaje construido. Se convirtió en un ser que se auto-transformó a la vista de todos nosotros, en una mujer que aceptó finalmente la muerte de su hija después de haber recuperado la vida.

Seguramente a eso se refiere Isabel Allende cuando nos dice: «Este libro me salvó la vida. La escritura es una larga introspección, es un viaje hacia las cavernas más oscuras de la conciencia, una lenta meditación. Escribo tías en el silencio y por el camino descubro partículas de verdad, pequeños cristales que caben en la palma de una mano y justifican mi paso por el mundo.»

La experiencia de Isabel Allende como narradora no sólo es válida para ella misma, sino para todos nosotros. En «Paula» nos regala un espacio donde sólo existe la vida. Gracias, Isabel, por haber escrito «Paula», por habernos dado una porción de eternidad, por quitarnos el terror de la muerte, por hacernos alcanzar la consciencia de que el sol nos está acompañando esta tarde, a pesar de estar afuera.

LOS MANDAMÁS Y EL DINERO

Por José MARTÍN RECUERDA

manca, donde yo estaba, para dar una conferencia, rogándome que le pidiera al rector más dinero del que se solía dar a los demás. Este mismo escritor vino a Granada en las fiestas del Corpus Christi para dar el pregón de las fiestas, desde el balcón central del Ayuntamiento. Decía que había venido «por el mucho amor que le tenía a Granada». La gente le dijo a voces: «que te vayas y salga la Tarasca». El autor que tanto amor le tenía a Granada se fue llevándose medio millón de pesetas. Madre mía, qué tristeza de todo. Hay algunas obras que se están haciendo en Madrid, alguna malísima a juicio de todo el mundo, cuyo autor no sabe hacer más que propaganda por todos los medios de comunicación que puede, porque, quizá, los llamados «importantes» novelistas o dramaturgos no quieren más que dinero, quizá algunos porque ya sean viejos y les haya dado ahora la manía del dinero y poner a todo el mundo mal. ¿Pero cómo los políticos actuales no le dan soluciones eficaces a la cultura española? Ahora le han dado el Premio Nacional de Teatro a José María Rodríguez Méndez, por su obra titulada «El pájaro solitario» (sobre San Juan de la Cruz). Debiera toda la «gesta» de la cultura española, antes citada, leer esta obra. Así aprenderían a saber qué es teatro. Qué maravilla de lenguaje, de tipos, de acción, de españolismo, rompiendo todos los «moldes» benaventinos y arnichescos de la actualidad. «Moldes» malos. Bastante malos. Muchas veces he dicho que deseo fervientemente que se haga teatro españolísimo, así como novela, y que saliera fuera de España, para que los extranjeros digan: «aquí está España». Por eso, los «mandamás» literarios, que no quieren más que dinero, debieran tener una gran prudencia

y no llegar a la corrupción, a la mentira, a engaños crueles, etcétera, porque están destruyendo nuestra

cultura, empezando, yo diría, por algunos de los «mandamás» políticos que están enloqueciendo a nuestra nación. ¿No hay manera de luchar contra esta «desbandada de pájaros ciegos»?

Estoy recordando a otro autor dramático importantísimo llamado Carlos Muñoz, quien con sesenta y siete años ha muerto hace muy pocos días. Yo nunca podré olvidarlo. Era un hombre con su trabajo en una oficina que desde Madrid se fue a Toledo a seguir trabajando. Lo primero que quería era mantener a su familia, sin esperar que lo llamaran para estrenar obras tan importantes como «El tintero», «El grillo», «Las viejas difíciles», «Tragicomedia del Serenísimo Príncipe don Carlos»... No era un «mandamás» en busca de dinero. Ni se hacía propaganda a sí mismo para que lo oyeran los mendrugos y las mendrugas. Solamente quería escribir y trabajar. Leyendo sus obras, nos encontramos con un lenguaje y una técnica teatral extraordinaria, así es que nunca me extrañó que se estrenara en festivales internacionales como en Portugal y Francia. A lo largo del tiempo, sobre Carlos Muñoz, que está en la historia del teatro, se escribirá mucho. Muñoz fue un autor auténtico, como José María Rodríguez Méndez. Y por último, desde mi rincón, donde vivo, como bien se sabe, que es en el monte de los Almendros de Salobreña, estoy viendo el cielo, el mar y la Sierra Nevada, escribiendo como puedo sobre la España que veo hoy día y preguntándole a Dios: ¿Dios mío, por qué todo esto, por qué no haces a las personas más honradas, con menos vanidad, con menos corrupciones, con menos soberbia y, sobre todo, el que escribe debe escribir la vida como la ve, pero jamás pensando en el dinero por muy «mandamás» que sea?